

AGUSTIN CODAZZI

MANUEL ANCIZAR

Lugo, pequeña ciudad enclavada en los antiguos Estados pontificios, contaba entre sus moradores a fines del siglo pasado al señor Doménico Codazzi, comerciante en cáñamo y sedas, hombre sencillo y honrado, cuya ambición estaba satisfecha con pertenecer a la principal cofradía religiosa del lugar, no ser deudor al gobierno ni a sus convecinos, y sostener dignamente su tranquila casa. Unido en matrimonio a la señora Constanza Bartolotti, bendijo Dios su hogar dándole primero una hija y poco después un hijo, que fue bautizado el 12 de julio de 1793 llamándosele Giovanni Battista Agostino.

Desnacionalizada y abatidísima la Italia de entonces sufría, sin murmurar siquiera, el doble yugo de la dominación austriaca y del despotismo feudal de los gobiernos que se habían apoderado de los fragmentos de la desventurada península; pero se acercaban los días en que el soplo borrascoso y purificador de la Revolución Francesa iba a pasar por sobre los pueblos italianos agitándolos profundamente e infundiéndoles gérmenes de vida que, desarrollados por las grandes guerras de la República, el Consulado y el Imperio de Francia, habían de producir más tarde sus naturales frutos de independencia y unidad nacionales.

Si Agustín Codazzi hubiera nacido algunos años antes, probablemente habría recibido una educación monacal y llegado a ser Prelado de alguna de las innumerables órdenes religiosas que plagaban la Italia y constituían la clase más considerada y rica de aquellos países; pero su infancia pasó y despuntó su razón cuando la guillotina y los cañones franceses hablaban recio a los reyes y a los pueblos. "Se procura difundir en estos lugares *Las Ideas Francesas*, y ellas se propagan bien", escribía desde Italia el General Bonaparte al Directorio, y aconsejaba y llevaba a efecto la fundación de Repúblicas, con nombres exóticos, como eran exóticas aquellas instituciones, que pasaron cual nube impelida por un huracán, quedando en su lugar el "Reino de Italia", especie de cruzada permanente contra los austriacos: Siquiera en esto había algo de italiano y mucho de regenerador.

La violencia y el carácter de los acontecimientos hicieron caer por todas partes los antiguos Seminarios teológicos, organizándose en su lugar Escuelas militares. A una de éstas, la de Boloña, fue enviado Agustín Codazzi en tempranísima edad, no tanto por decisión de su pacífico padre, cuanto por la marcada vocación del hijo al estudio de las matemáticas y el entusiasmo que en él, como en casi toda la juventud italiana, se desper-

tó por la carrera de las armas, que para ellos significaba guerra al austriaco. Premio tras premio vino a comprobar el rápido aprovechamiento de Codazzi, en términos de ser a los pocos años de estudios designado para pasar a la Escuela militar central del Reino en calidad de pensionado por el Gobierno.

Comenzaba el mes de enero de 1809 cuando un niño de menos de 16 años, pequeño y endeble de cuerpo, sin señales de haber sufrido un día de sol ni la menor intemperie, se presentó llanamente al General Armandi, Jefe del Real Regimiento de Artillería de a caballo acuartelado en Boloña y compuesto de hombres fornidos de aventajada estatura, y le pidió servicio en clase de soldado. Sonrióse el General y poniendo a plomo la mano sobre el hombro del pretendiente que por más que se esforzó hubo de tambalear, le dijo: "Vuélvase a su casa por ahora: procure comer y beber bien para que combalezca, y cuando esto haya sucedido, venga a pedir servicio". —"Tan pobre es el Emperador, exclamó Codazzi con despecho, que tema malgastar una ración en un muchacho voluntario?". La viveza de esta réplica, el tono sentido con que fue pronunciada y el encendido rubor que tiñó el rostro de Codazzi le ganaron la voluntad de Armandi, quien mandó enrolarlo como soldado raso, y sin duda por ponerlo a prueba lo sometió a todos los oficios de su clase, incluso el de asear diariamente el corpulento caballo que le adjudicaron, a cuyo lomo llegaba con dificultad la mano del exiguo artillero.

A los pocos días, sabedor Armandi del aprovechamiento científico de Codazzi, lo envió a Pavia a perfeccionar su instrucción en la Academia del Regimiento, donde permaneció hasta mediados de 1812. "Convaleciendo y haciéndose apto para el servicio activo".

En ese tiempo vacilaba ya el Imperio Francés minados sus cimientos por el descontento que en su propio seno había difundido la desmesurada vanidad dinástica de Napoleón, y amenazado por todo el resto de Europa que anhelaba reposar. Las batallas se sucedían unas a otras cada vez más sangrientas, causando enorme consumo de soldados, en términos de verse precisado el Emperador a desgarnecer la Italia para hacer frente a las desastrosas guerras de Alemania. El Regimiento de Codazzi fue uno de los que pasaron los Alpes, y al abrirse la campaña de 1813 le hallamos asistiendo a la batalla de Bautzen con el grado de Sargento brigada. Siguiéronse las batallas de Lutzen, Ulm, Dresde y Leipzig, de las que salió con honor y el ascenso a Sargento Primero regresando a Italia con los restos del gallardo Regimiento destinado a defender las líneas del Jagliamento y el Mincio, no ya de los austriacos solamente, sino de Murat también, que descoso de conservar el trono de Nápoles, regalo de su cuñado, no titubeó en contribuir a la ruina del que lo había elevado tan alto. Las armas imperiales brillaron por última vez en febrero de 1814 bajo los muros de Mantua defendiendo desesperadamente aquella plaza. Codazzi obtuvo allí el grado de Alférez, e incorporado al Estado Mayor del General Armandi, como su Ayudante, iba a ser ascendido tres meses después, "lo que no tuvo lugar, dice la hoja de servicios por la caída del reino de Italia" y la consiguiente disolución del ejército del Virrey Eugenio en junio del año citado.

Menos afortunado que otros, Codazzi recibió su licencia absoluta, "por no ser súbdito italiano del Emperador de Austria", le dijo el Consejo Administrativo del ejército de Italia, añadiendo un estéril voto de gracias al joven oficial, "por su infatigable actividad en el servicio y las continuas pruebas que en todas ocasiones había dado de celo, fidelidad y valor".

En aquellos días determinó el gobierno británico alzar en Génova bandera de leva para organizar, con los residuos del ejército de Beauharnais, una legión italiana que, a órdenes de Lord Bentinck, iba a ser destinada a las costas del Mediterráneo. Codazzi fue enrolado en ella con el grado de Teniente Segundo de Artillería, de cuyo empleo disfrutó apenas un año, a causa de haberse disuelto la Legión en 1815.

Frustrada toda esperanza de continuar en la carrera de las armas, su inquieta actividad le impelió a buscar fortuna en el comercio, y juntando algún dinero lo redujo a mercancías embarcándose en Génova, comenzando el año de 1816, para Constantinopla. Una larga y deshecha tempestad lo arrojó a la isla de Itaca sin poder salvar cosa ninguna, sino un pupitre que contenía sus papeles de servicio y otros, entre ellos una carta de recomendación que cierto judío de apariencia pobrísima le dio para su corresponsal en Constantinopla, y de la que Codazzi no hacía gran caso. En Itaca no le quedó otro recurso para ganar el pan que el de ofrecerse como pintor de casas, oficio que jamás había practicado, pero en el cual resultó Maestro entre los ignorantes insulares. Viviendo con galleta y cebollas por todo regalo, pudo ahorrar lo preciso para seguir viaje hasta Constantinopla a cuya ciudad llegó mal vestido y limpio de dinero.

Un mes anduvo errante por las calles, sustentándose a veces con los panes de comunión que distribuían en las iglesias del rito griego, y a veces con las ofrendas que los mahometanos dejaban sobre los sepulcros y que él se apropiaba de noche. Por último se acordó de la carta del judío, y solicitando por aquél a quien iba dirigida, pero sin esperanzas de sacar de ella, gran fruto, halló que era un opulento comerciante, italiano de origen, el cual movido a compasión le facilitó los medios de ganar en breve una razonable suma de dinero. Inmediatamente abandonó aquel país en que todo le era extraño y aún hostil y se dio a viajar visitando la Grecia, la Valaquia, la Moldavia y una parte de Alemania. De allí pasó a Rusia, Polonia, Prusia, Dinamarca y Suecia, dirigiéndose finalmente a Amsterdam, a donde llegó a principios de 1817, con ánimo de regresar a la casa paterna.

Sonaba entonces mucho en Europa el alzamiento simultáneo de la América española proclamando su independencia, y más de un corazón generoso se conmovió con la noticia y simpatizó vivamente con una causa que fue mirada como la redentora de medio mundo. Tal le sucedió a Codazzi, quien posponiéndolo todo se embarcó para los Estados Unidos a tomar lengua sobre el punto a que le convendría dirigirse. En Baltimore encontró al Vice-almirante de Venezuela Villaret, aparejando su escuadrilla, y acto continuo pidió y obtuvo servicio en la artillería con su grado de Teniente, destinándose a la guarnición del Bergantín "América libre",

que en 1817 se hizo a la vela con rumbo hacia la Isla Margarita en cuyas aguas debían juntarse las fuerzas navales de Villaret y el Almirante Bríón para apoyar al ejército republicano que iba ocupando el oriente de Venezuela. Pero Bernard, Comandante de aquel Bergantín, ora por estar mal avenido por sus Jefes, cosa muy frecuente entonces, ora porque prefiriera servir a las órdenes de su paisano Luis Aury, que con título de Brigadier de los ejércitos de México cruzaba con algunos buques sobre las costas de Florida ocupando la isla Amelia, desatendió el mandato de Villaret y se dirigió a dicha Isla incorporándose a la escuadrilla de Aury.

Guarnecían el Castillo de Amelia unos cuantos soldados aventureros que había dejado allí Mac-Gregor, primer ocupante de la isla, los cuales con la habitual insubordinación de tales gentes se sublevaron proclamando al Rey de España, a falta de otra causa peor. Aquella rebelión iba a privar a Aury de su base de operaciones y de gran parte de sus pertrechos. Urgía, pues, sofocarla, y éste riesgoso encargo fue encomendado al Teniente Codazzi, quien con un puñado de hombres escogidos logró introducirse con maña en el castillo, echarse de súbito sobre la guarnición rebelde y aprisionar a los que sobrevivieron a un combate de cuatro horas al arma blanca. Este hecho, realizado en febrero de 1818, le valió a Codazzi el ascenso a Capitán, graduado y cuatro meses después a Capitán efectivo de Artillería por nuevos servicios prestados en la reorganización y disciplina de las tropas de Aury, quien para entonces se titulaba Comandante en Jefe de las Fuerzas de los Estados Unidos, de Buenos Aires y Chile que obran sobre Nueva Granada. Raros títulos frecuentemente asumidos motu proprio para encubrir con ellos el verdadero oficio de piratas que hacían aquellos audaces aventureros!

La venta de las Floridas hecha por España a los Estados Unidos norteamericanos, produjo el abandono de la isla Amelia por Aury, quien con una escuadra de 14 buques se unió a la del Almirante Bríón a principios de 1819, tomando de hecho servicio en Colombia y prestándolo muy eficaz, pues contribuyó a que la escuadra de Bríón no fuese desbaratada por los españoles la recién venida de Cadiz, lo que habría privado al Libertador Bolívar del armamento y municiones que Sucre le llevaba para sostener la cruda campaña de aquel año en Venezuela y Nueva Granada.

No obstante que la escuadra colombiana contaba con el abrigo de algunas de las antillas menores, entre ellas las islas de Vieja Providencia y Santa Catalina a que se acogió Aury, sufría tal escasez de víveres, que se determinó sacarlos a viva fuerza de algún país todavía español. Designóse para ello el Golfo de Honduras como el menos fortalecido y al efecto se destacaron algunos buques con tropas de desembarque entre las cuales una compañía de artilleros al mando del Capitán Codazzi. Tuvo éste la fortuna de conducir su gente al asalto del fuerte de San Felipe con todo acierto que a breve tiempo de haber desembarcado afianzó con sus propias manos la bandera de Colombia en las almenas del fuerte, quedando los invasores dueños del país a muy poca costa y pudiendo hacer amplio acopio de vituallas con que socorrieron la escuadra. A su regreso a Providencia recibió Codazzi el despacho de Sargento Mayor graduado, expedido por Aury en agosto de 1819.

Expulsados los españoles del antiguo virreinato de Nueva Granada por consecuencia de la batalla de Boyacá, se hicieron fuertes en Cartagena, desde cuya plaza daban sobrado que hacer a los republicanos, dominando las bocas del río Magdalena, y amenazando continuamente a Santa Marta. Los colombianos pusieron estrecho sitio a Cartagena más por el lado del mar no tan efectivo que impidiera los auxilios enviados a la guarnición de la plaza desde la Habana. Era indispensable realizar el bloqueo por fuerzas navales que cubriera la larga costa desde la península Goajira hasta el Golfo de Urabá, y a ello fue citado Aury que aún se hallaba estacionado en las islas de Vieja Providencia y Santa Catalina. Quiso aquel Jefe que su cooperación le valiera un buen ascenso y el ser incorporado en la marina de Colombia con cuyo objeto determinó enviar un comisionado a Bogotá por la única vía expedita entonces que era el río Atrato; vía desierta, malsana y dificultosa, en que no era la presencia de tropas enemigas lo que había de evitarse, sino el ser abandonado por los bogas en aquellas riberas cenagosas a poder del hambre y de las fiebres.

Ninguno de los oficiales de Aury se atrevió a aceptar la comisión excepto Codazzi, quien fiado en su salud a prueba de intemperies y en la fecunda actividad de su espíritu tomó un falucho que cargó de chucherías, armas viejas y herramientas destinadas a captarse la voluntad de los indios, con quienes le aseguraron que tenía que habérselas en el río, y acompañado de un fiel asistente emprendió el viaje. Después de correr aventuras dignas de un salvaje errante por nuestras selvas solitarias pisó tierra en Quibdó y dejando allí a su asistente enfermo, continuó su ruta a pie largo trecho antes de hallar cabalgadura. El haberse quedado el asistente en el Chocó, suceso por lo pronto insignificante, influyó mucho en la suerte futura de Codazzi, como en breve se verá.

Desempeñó este jefe satisfactoriamente su comisión cerca del Vicepresidente Santander, llevando un decreto por el cual quedaban incorporados al ejército de Colombia con el grado militar que tuvieran Aury, y los que le acompañaban. Deseoso de recoger a su asistente regresó por la misma ruta que había traído y llegado a Quibdó se le presentó el Alcalde con la noticia de que el asistente había muerto de las fiebres, pero no sin haber negociado el cargamento del falucho en cambio de seis botellas de oro en polvo que el honrado funcionario presentó compungido a Codazzi. Recibiólas éste con cristiana resignación y reembarcándose en su barquichuelo arribó a Providencia en febrero de 1820, donde fue premiado con el despacho de Teniente Coronel, efectivo de Artillería "en recompensa de sus largos y buenos servicios y de su consagración a la causa de la independencia de Sur-América", según le escribió Lacroix, Secretario General de Aury. Pronta ya la división naval de este jefe para ser rumbo hacia Cartagena, se recibió la noticia del armisticio celebrado en 1821 entre los generales Bolívar y Morillo, junto con la orden de que Aury abriera operaciones sobre las costas de Guatemala. A esta campaña asistió también Codazzi dirigiendo el ataque contra Trujillo, en el cual tomó

por asalto el Castillo de Omoa y por sorpresa otra vez el de San Felipe en Honduras, los que fueron desmantelados facilitando con estas operaciones la independencia de aquellas comarcas y la de su vecino el Istmo de Panamá.

Retirose la escuadrilla de Aury a su habitual apostadero de Providencia, donde la rendición de Cartagena y la ausencia del pabellón español en aquellos mares la dejaron sin ocupación, viniendo a decaer por ésto, y al fin, a desbandarse enteramente por la muerte natural de su Jefe.

Aguijábale a Codazzi el deseo de ir a su país natal, habiendo sabido en aquellos días que su padre se hallaba moribundo; y para satisfacerlo pidió licencia al Gobierno colombiano, que se la concedió sin fijarle término. Mientras tanto se trasladó a San Thomás, y trocando por añiles sus botellas de oro en polvo hizo dos viajes mercantiles a los Estados Unidos con tan buen éxito, que al embarcarse para Europa en agosto de 1822, llevaba un caudalejo de cerca de cuarenta mil pesos.

Cuarenta mil pesos en Italia y especialmente en Ferrara a cuya provincia pertenecía Lugo formaban una fortuna espléndida. Codazzi la radicó en una hacienda, y se echó a ofrecer alegre hospitalidad a cuantos amigos le venían a las manos; dándose tan acertadas trazas en la administración de sus asuntos, que a los tres años ya no le pertenecía la mitad de la hacienda y los amigos íntimos hacían lo posible por quedarse con la otra mitad. Sea por estos desengaños de la vida civil hasta entonces desconocida para Codazzi, sea que, muerto el padre, pocos vínculos le unían a Italia o que le inquietaba su inclinación a la vida militar en que había crecido y a la que se habían amoldado todos sus hábitos dejó los restos de su fortuna en manos de un amigo, el 20 abril de 1826 se embarcó en Liorna con dirección a Cartagena, y en enero de 1827 recibía en Bogotá del Vicepresidente Santander el despacho del Primer Comandante de Artillería, confiriéndole el mando de la Brigada de esta arma en el Departamento del Zulia, y expresándose que era inscrito en el ejército de Colombia en virtud de la incorporación prometida por el Gobierno de la República a los individuos de la división de Aury.

El empleo que se le confirió fijó su residencia en Maracaibo, relacionándolo con el General Carreño que mandaba el Departamento del Zulia. Las tareas de organización del Cuerpo de Artillería condujeron a Codazzi a inspeccionar las fortificaciones y motivaron la necesidad de levantar una carta de la Barra y terrenos adyacentes como comprobantes de un plan de defensa de la plaza que presentó a Carreño. Complacido este Jefe al recibir pruebas claras de los conocimientos científicos de Codazzi concibió al punto la idea de hacer levantar un mapa corográfico de todo el Departamento, y disponiendo lo necesario para esta obra, la encargó a Codazzi quien gastó en su desempeño los años 1828 y 1829, tal vez sin presentir que este hecho accidental influiría decididamente en su existencia presentándola por una faz nueva que, más que el servicio de las armas, había de hacer perdurable su nombre en estos países. El oficial de Artillería iba a quedar totalmente eclipsado por el ingeniero geógrafo.

Concluía sus tareas corográficas en Zulia cuando acaeció la desmembración de Colombia, separándose de ella Venezuela en 1830, en virtud de lo decretado en un Congreso, a la sazón reunido en Valencia por convocatoria del General José Antonio Páez, Jefe de los Separacionistas. Allí fue llamado Codazzi a servir en el Estado Mayor de Páez, quien al ver el mapa y la descripción geográfica del Zulia, comprendió con su genial lucidez todo el partido que podría sacarse de los conocimientos de Codazzi y en el acto pidió al Congreso que autorizara al Poder Ejecutivo para mandar levantar los mapas corográficos de todas las provincias de Venezuela con la descripción del territorio; idea que fue acogida con unánime favor por aquella corporación y mandada llevar a efecto encargándose de ella a Codazzi quien desde luego puso manos a la obra, trabajando con infatigable tesón durante los años de 1831, 32, 33, 34 parte de los de 35 y 37, y todos los de 38 y 39; pero desgraciadamente para la empresa misma, en medio de agitaciones políticas que con frecuencia le hacían abandonar los instrumentos del geógrafo para andar con pólvora y balas.

Daremos una ligera idea de los servicios militares que prestó cuando se interrumpía en sus tareas científicas, no porque tales servicios, hechos en el mezquino y estéril campo de las guerras civiles signifiquen mucho para la fama de Codazzi comparados con sus labores científicas sino para que se comprenda cuáles eran la fortaleza de su cuerpo contra las enfermedades, y la extraordinaria actividad de su espíritu que abarcaba con facilidad y desempeñaba con prontitud todo linaje de ocupaciones.

Durante los 10 años en que Venezuela, Nueva Granada y el Ecuador se confundieron en una sola entidad nacional formando la extensísima República de Colombia, nacieron y se desarrollaron varias aspiraciones, tanto políticas como de ambición personal que se oponían a la ruptura de aquella unidad creada en parte por las necesidades de la guerra de Independencia y en parte por el genio romántico de Bolívar, pero mantenida bajo un plan de exagerado centralismo administrativo favorable a la organización militar que se quiso perpetuar en el país, aunque era muy perjudicial a los intereses civiles de la Nación. Tal unidad y tal régimen no podían durar después de terminada la guerra de Independencia. Así fue que desde 1826 asomaron síntomas de disolución que para 1830 cobraron la fuerza de un irresistible movimiento anti-unitario, dando por resultado la ruptura de Colombia y la creación de las tres Repúblicas en que ha quedado dividida. Este hecho no pudo consumarse sin alborotos causados por todos aquellos militares cuyas aspiraciones quedaban anuladas ya fueran de madre personal, ya de predominio de clase.

Venezuela abundaba en soldados turbulentos que, como ellos lo decían, “no estaban dispuestos a tolerar que los *Libertadores* quedaran iguales con los *Libertos*”; apellidando *Libertos* a todos los que no eran soldados. Estos recibieron con enfado la abolición del fuero militar decretada por el Congreso constituyente venezolano, el licenciamiento del ejército y otras medidas de manifiesta índole civil aconsejadas y sostenidas por Páez, Primer Presidente de la Nueva República. Era de temerse la revelión de los Jefes militares más infatuados y audaces; y no se hizo esperar

mucho, pues las sublevaciones comenzaron en 1830 y apenas proclamada la nacionalidad de Venezuela, aclamando unas veces el restablecimiento de Colombia, y otras veces pidiendo que el sistema de Gobierno elaborado por el Congreso constituyente se reformara en el sentido de las aspiraciones de los militares y de sus ideas de predominio sobre el resto de sus conciudadanos.

Páez se mantuvo firme en el sendero del régimen civil y a su rededor se agruparon para defender las instituciones varios Jefes militares decididos por el sistema republicano entre ellos Codazzi, a quien constantemente empleó el Gobierno en sofocar aquellas sublevaciones.

En 1830 marchó mandando la infantería del Gobierno contra el General Infante sublevado en los Llanos. Terminada esta campaña se le envió a atrincherar varios puntos de la provincia de Mérida, de cuyo territorio formó y presentó un plan de defensa. Con igual fin se le ordenó pasar a Maracaibo de donde cumplida su comisión marchó a las provincias del Oriente a servir como Jefe del Estado Mayor del Ejército puesto a las órdenes del General Mariño. Para reprimir la sublevación de Mónagas. En 1835 se hallaba en Valencia, recién casado, con la señora Araceli Fernández La-Hoz, y nombrado Comandante de Ingenieros y del castillo de Puerto-Cabello, cuando estalló la revolución militar llamada de las *Reformas*, y fue uno de los pocos Jefes presentes en aquella plaza que se mantuvieron fieles a sus deberes, aprovechando la primera oportunidad que se le ofreció, so pretexto de continuar sus tareas corográficas, para salir de la ciudad y encaminarse rápidamente a los Llanos a ofrecer sus servicios al General Páez quien lo aceptó nombrándole Jefe de Estado Mayor del ejército constitucional, con cuyo carácter le acompañó hasta el definitivo triunfo del Gobierno legal sobre la dictadura establecida por los revolucionarios militares en Caracas. Desalojándolos de la capital y rotos en varios combates quedaron, sin embargo, dueños de algunas provincias y amagando frecuentemente atacar a Caracas. Codazzi recibió el nombramiento de Jefe de operaciones sobre Río-Chico, y con su genial y extraordinaria actividad, multiplicando las marchas y contra marchas más largas y difíciles, logró impedir un desembarque de los revolucionarios en las costas próximas a la capital, y alcanzar al ejército constitucional cerca de Valencia y en vísperas de librar la acción de Guaparo, que salvó aquella ciudad, asistiendo al combate como Jefe de Estado Mayor del General Carreño. Después de esta acción marchó con una columna en auxilio de Maracaibo, y asegurada aquella plaza regresó a Puerto Cabello encargado de mandar la artillería en el sitio puesto a la ciudad y al castillo, de que eran dueños los revolucionarios. Rendidos éstos, y cuando se creían sofocadas todas las rebeliones que motivaron aquella larga y laboriosa campaña, estalló en Apure el alzamiento del Coronel Farfán proclamando cualquier cosa menos ideas social ninguna. Hasta allí hubo de marchar Codazzi a organizar tropas y dirigir las operaciones que produjeron la pronta pacificación de la alterada provincia, habiendo fugado y ocultándose Farfán.

En premio de tantas fatigas, “y atendiendo a la lealtad, méritos, servicios y recomendables cualidades del Comandante Codazzi”, según se

expresó el Presidente de la República, fue ascendido a Coronel de Ingenieros, en abril de 1836, volviendo a sus preferidas tareas corográficas.

Emprendiólas en el año de 1837, principiando por las bocas del Orinoco la extensa carta de la Provincia de Guayana, cuyas solitarias selvas se dilatan hasta las fronteras del Brasil, y explorada penosamente la tercera parte de aquel territorio casi desconocido regresó a Valencia, mediando el año, a poner en limpio sus mapas y apuntamientos; pero no le dejaron quieto, pues a pocos días le llegó una premiosa orden del Gobierno instándole que marchara a San Fernando de Apure. Era que Farfán, saliendo de repente a lo poblado con buen golpe de gente de malísima ley, proclamaba “guerra a los blancos, es decir, a los hombres de ciudad, hasta exterminarlos”, ya que los pasados gritos “Colombia” y “Reformas” no hacían eco. Un cuerpo de milicias enviado contra el temible llanero fue deshecho por él en las cercanías de Achaguas, y esta ciudad se le entregó y comenzó a servirle de cuartel general, amenazando desde allí a San Fernando, apenas guarnecida por algunos milicianos que a toda prisa reunió el General Muñoz. Urgía impedir que aquella plaza fuese ocupada por Farfán, porque en ella había un acopio de armas y municiones que si caía en manos de los revoltosos los ponía en actitud de marchar sobre Caracas.

Codazzi abandonó al punto su familia y quehaceres, y reventando caballos salvó en tres días la distancia de cien leguas que hay entre Valencia y San Fernando y llegó algunas horas antes que Farfán: puso en movimiento al vecindario para atrincherar la ciudad con tal diligencia, que al sobrevenir los invasores no hallaron por donde penetrar en el poblado y hubieron de acampar en contorno. Detenerlos allí paralizando sus movimientos hasta que el General Páez pudiese llegar con tropas del Gobierno era el encargo de Codazzi; y lo cumplió defendiendo la plaza 15 días que fueron los que Páez necesitó para llegar, dispersar la gente de Farfán y aniquilar a éste en la sorprendente acción de Payara, comparable con muchas de las arriesgadas que Páez ganó en la guerra de Independencia, puesto que con una avanzada de 60 hombres desbarató a más de 200 llaneros aguerridos y desesperados.

Los años de 38 y 39 los pasó Codazzi recorriendo los desiertos de Guayana y navegando en canoa los caudalosos ríos que riegan el interior de la provincia hasta Río-negro y muy cerca de las fuentes del Orinoco. Son de considerarse las penalidades y privaciones que sufrió en esta larga y peligrosa exploración, en climas insalubres, con poquísimos recursos, lejos de toda población civilizada y teniendo que captarse la benevolencia de las tribus de indios bárbaros con ardides y sacrificios imponderables.

Al principiar el año de 1840 sometió Codazzi al juicio del Congreso venezolano el resultado de sus tareas ya concluidas. Formábalo un mapa físico y político de Venezuela que mide dos metros de largo y uno de ancho comprendiendo el área de 35,591 leguas españolas cuadradas, distribuidas en las 13 provincias en que entonces estaba dividida la República. La orla de este Mapa está enriquecida con varios cuadros estadísticos, barométricos, hidrográficos y termométricos que dan cumplida idea de los accidentes topográficos del país. Otros pormenores se hallan en un

atlas compuesto de 20 cartas figurando por separado las provincias y varias secciones del territorio de la antigua Colombia en que están trazadas las marchas y localizadas las batallas de los ejércitos republicano y español durante la guerra de independencia. También se encuentra una carta etnográfica del país que hoy forma el territorio de Venezuela demarcándose la ubicación y los nombres de las tribus indianas que lo ocupaban en tiempo del descubrimiento y conquista de aquella tierra por los españoles. Por último, presentó 88 cartas en grande escala correspondientes a los cantones en que estaban subdivididas las provincias, dando a conocer topográficamente los caminos, las veredas, los desfiladeros, los puntos defensables y los recursos del país con aplicación a la guerra defensiva u ofensiva, detallando todo ésto en extensos itinerarios militares.

Como texto explicativo de los mapas presentó copiosos cuadernos en que la Geografía, física, política, estadística, topográfica e histórica del país se hallaba desempeñada con una extensión y laboriosidad de observaciones sólo comparables al acierto en la clasificación y el agrupamiento de los materiales.

Admira, como un hombre sólo, y no muy bien auxiliado, pudo llevar a buen fin tan heroicos y variados trabajos científicos, atendiendo al mismo tiempo a un activo servicio militar; todo ello en el espacio de 10 años. La explicación la encuentran los que conocieron y trataron a Codazzi, en la rara lucidez de sus ideas, el incansable vigor de su pensamiento y la fortaleza excepcional de su cuerpo que le permitían trabajar de seguido y tenazmente diez horas en cada día, y todos los días de su vida el mismo espacio de tiempo.

El Congreso de Venezuela, con un tino que le honra, comprendió al momento lo importante de la obra que se le presentaba, y comprendió que aquel oficial de ingenieros presente en la barra, cargado de mapas y cuadernos, tan llano, tan jovial, tan modesto que podría juzgársele humilde, era un hombre sabio en cuya cabeza hervían las ideas de ciencia y de bien público. El Congreso acordó suministrar a Codazzi los fondos que estimó necesarios para la publicación de su obra en Europa. Y apenas expedido este acuerdo emprendió viaje a París a mediados de 1840 el incansable ingeniero.

Razones de economía, nunca bien lamentadas, le obligaron a descartarse de la mayor parte de sus curiosísimos manuscritos y reducir el texto de la obra a un grueso volumen en 4, consagrado a la Geografía, Física, Política y descriptiva de Venezuela. Varios individuos, miembros del Instituto de Ciencias que habían ojeado los manuscritos de Codazzi, se apoderaron de la obra y la presentaron al Instituto y a la Sociedad Geográfica de París, que la recibieron con singulares aplausos. Una comisión compuesta de los sabios Arango, Savary, Elie de Beaumont y Boussingaut informó a la Academia de Ciencias sobre la obra de Codazzi haciendo un análisis de ella, y entre las apreciaciones honoríficas que contiene se encuentran los siguientes párrafos:

“El número de observaciones de latitudes y longitudes cronométricas hechas por el señor Codazzi es considerable, pues ha fijado 1002 puntos

principales; siendo de advertir que entre ellos hay 58 de cuya exactitud ha podido juzgarse comparándolas con iguales operaciones practicadas anteriormente por el Barón de Humboldt y por uno de vuestros comisionados. Las mayores diferencias que han resultado de esta comparación son insignificantes, y en muchos casos la concordancia es enteramente satisfactoria”.

“No se ha limitado el Sr. Codazzi a determinar latitudes y longitudes, sino además la altura de 1.054 lugares de los que varios habían sido teatro de observaciones análogas hechas anteriormente por medio de barómetros comparados con el del Observatorio de París; y la concordancia en verdad sorprendente que se nota entre resultados obtenidos en épocas diversas y por observadores diferentes, es una nueva prueba de la exactitud a que pueden llegar las nivelaciones barométricas”.

Concluye el informe con estas palabras:

“Los manuscritos del Sr. Codazzi, examinados, por vuestra Comisión, contienen materiales para más de 12 volúmenes sobre estadística y geografía de Venezuela; pero el autor ha reducido a un tomo la obra para adaptarla a la instrucción pública. En esta obra se aprenderá mucho en poco tiempo lo que es una preciosa ventaja que no siempre concurre en las relaciones de los viajeros”.

La Academia resolvió dar a Codazzi un testimonio del singular aprecio con que había mirado su obra, y noticiarle que iba a dirigir al Congreso de Venezuela copia del Informe de la Comisión para que se enterara cuanto mérito había encontrado en la obra sometida a su juicio.

Apresuróse el señor Elie de Beaumont a comunicar a Codazzi lo acordado, dirigiéndole una carta muy afectuosa, de la cual tomamos los siguientes párrafos:

“No acierto a expresar la suma de placer e instrucción que me ha proporcionado la obra de Ud. — Ella me afirma cada día más, a medida que la estudio, en la opinión que los señores Arango, Boussingaut y yo emitimos ante la Academia de Ciencias sobre el mérito de aquella producción. No dudo que el Congreso venezolano quedará satisfecho en cuanto al esmero con que ha sido desempeñada esta importante obra, la cual contribuirá poderosamente a la prosperidad de Venezuela, pues dá a conocer a propios y extraños las calidades que concurren en aquel país. La aprobación del Congreso será para Ud. una grata recompensa; lo mismo que los aplausos de los amantes de las ciencias, que le deberán a Ud. mucho. Permítame Ud. presentarle el corto tributo de mi admiración por el saber, la constancia y el valor que Ud. ha desplegado para dar cima a una empresa tan vasta como difícil”.

Por otra parte la Sociedad Geográfica de París colmó de elogios a la obra de Codazzi, acordó enviar a éste el diploma de Socio, y le adjudicó el premio de la gran medalla de plata con una inscripción que dice: *La Sociedad de Geografía. Al Coronel de Ingenieros Agustín Codazzi por sus exploraciones en las Provincias de Venezuela. Mención Honorífica. 1841.*

En aquellos mismos días, que debieron ser gratísimos para Codazzi, viendo el premio que daban a sus fatigas y el homenaje que tributaban a su saber tantos hombres tan imparciales como ilustres en las ciencias, recibió una carta del barón de Humboldt que, por decirlo así, puso el sello a los anteriores honrosos documentos.

“Al regresar Ud. a Venezuela le escribí en junio de 1841, país de que tan gratos recuerdos conservo, quiero que lleve Ud. un testimonio de mi alta y respetuosa consideración. Los trabajos geográficos de Ud. abrazan una extensión tan dilatada de territorio y comprenden pormenores topográficos tan exactos y medidas de altura tan adecuadas para demostrar la distribución de los climas que harán época en la historia de las ciencias.

“Me complace en haber vivido lo bastante para ver acabada una empresa que, al mismo tiempo que ilustra el nombre del Coronel Codazzi contribuye a la gloria del Gobierno que ha tenido la sabiduría de protegerle. Lo que hice en un viaje rápido, determinando varias posiciones astronómicas e ipsométricas en Venezuela y Nueva Granada ha recibido por las meritorias investigaciones de Ud., una confirmación y un lustre superiores a mis esperanzas. Miembro de la Academia de Ciencias, habría firmado gustoso, si hubiese estado en Francia, el Informe que los señores Arango y Bousingaut presentaron sobre los mapas de Ud. y el texto geográfico destinado a ilustrarlos”.

Uno tras otro recibió, además, los diplomas de Miembro corresponsal que le enviaron la Sociedad Real de Geografía de Londres y el Instituto de Ciencias de Washington, y de Miembro Honorario la Sociedad Etnológica Americana instalada en Nueva York. El Rey de los franceses, a cuyos oídos hubo de llegar el nombre del modesto geógrafo pregonado por tantas voces, firmó el 13 de junio de 1842, a propuesta de su Ministro Guizott, un decreto nombrando a Codazzi caballero de la Legión de Honor; nombramiento que le fue comunicado por aquel Ministro en carta autógrafa, expresando que había sido hecho “en testimonio de la particular benevolencia del Rey hacia un antiguo oficial de Estado Mayor del Ejército de Italia mandado por el Príncipe Eugenio”. Singular ternura la que acometió a Luis Felipe por las cosas y los hombres del primer Napoleón sin sospechar siquiera que en breve otro Napoleón había de escamotarle el trono de Francia, vengando a los escamotados borbones de la rama primogénita!

Codazzi regresó a Venezuela en mitad del año de 1842, recibiendo allí el diploma de primer Miembro honorario de la Sociedad Patriótica de Caracas, y una resolución del Poder Ejecutivo declarando que había cumplido satisfactoriamente el encargo de formar los mapas y geografía de la República, y que por ello se había hecho acreedor a una recompensa nacional.

Pero no regresó a descansar: esa no era su índole. Cualquier otro hombre habría hallado cortos dos años de residencia en París para ordenar con nuevo plan los abundantes manuscritos que habían de refundirse en un solo tomo de texto geográfico, atender a su correcta impresión y

al grabado de los mapas. Codazzi tuvo tiempo para todo ésto, y además para encargarse de llevar una ardua empresa que el Gobierno venezolano decidió acometer. Tratábase de reunir en Alemania y transportar a Venezuela una colonia de agricultores y artesanos situándola en las cercanías de Caracas; idea sugerida por el mismo Codazzi en repetidos informes y memorias que sobre aquella materia, canalización de ríos y vías de comunicación terrestre no cesó de dirigir el Gobierno mientras levantaba los mapas corográficos. Tomó sobre sí el realizar la difícil empresa como cosa propia, ayudándole con su valimiento y protegiéndole con su crédito el ilustre y virtuoso venezolano Martín Tovar; y al efecto recorrió la Alemania, colectó familias, organizó la expedición, proveyó a todo, y fletando un buque en el cual acomodó a los emigrantes llegó con ellos a las costas de la Guaria, e inmediatamente procedió a instalarlos en terrenos recién desmontados de la serranía que separa los valles de Aragua de la costa septentrional hacia Choroni, dando a la nueva población el nombre de "Colonia Tovar" en honra de su protector. Contrariedades suscitadas por la numerosa y universal tribu de hombres perezosos para todo, menos para censurarlo todo; contratiempos en las estaciones y en la aclimatación de animales sobre llanuras elevadas a cuya temperatura no estaban acostumbrados; pérdida de las primeras cosechas; rebeliones y bandos entre los colonos quejándose de que la tierra no brotaba oro y cerveza; nada faltó en materia de adversidades para poner a prueba la paciencia y la constancia de Codazzi por espacio de cuatro años. pero nada le arredró. La colonia echó por fin raíces en la tierra, se aumentó con nuevos inmigrados, y hoy en día subsiste formando una linda población semejante a las grandes aldeas de Suiza, tan próspera y rica cuanto le permiten serlo las disensiones que frecuentemente han dilacerado a Venezuela.

La antigua provincia de Barinas situada en los términos occidentales de Venezuela entre el país montañoso y agricultor de Mérida y los dilatados llanos de Apure que han sido siempre un criadero inagotable de ganado mayor, puso los ojos en Codazzi para encomendarle la administración de sus intereses, en parte pecuniarios y en parte agrícolas; y a propuesta de la diputación provincial fue en efecto nombrado Gobernador de aquella provincia, en circunstancias de hallarse infestada por bandas de malhechores, y los ánimos divididos en acaloradas disensiones que casi rayaban en vías de hecho. Corría entonces el año de 1846 y el país comenzaba a entremecerse sacudido su Gobierno por una furibunda oposición a que había dado motivos la conducta de los hombres que desde 1830 venían rigiéndolo, e imponiéndose en los puestos públicos con una alternación visible entre Páez y Soublette para la Presidencia, y media docena de privilegiados para los demás empleos. Al claro talento de Páez se le ocultó que esa especie de gobierno patrimonial se hacía intolerable para un pueblo asombradizo y vehemente como el venezolano dispuesto a sospechar de sus mandatarios y a no reconocerles virtudes ni merecimientos desde que les adivina el deseo de perpetuarse en el mando.

El hecho es que en toda la República resonaban las voces ya airadas, de dos partidos: el uno compuesto de los que creían, o aparentaban creer, que fuera de Páez y sus allegados no había hombres capaces de admi-

nistrar los intereses públicos. El otro compuesto de los resentidos porque les reprimían sus malas inclinaciones, de los hombres nuevos que aspiraban a hacer viso y se les mantenía injusta e impolíticamente arrinconados, y de la muchedumbre irreflexiva y voltaria que de toda novedad espera beneficios y a quien todo lo establecido cansa y fastidia. El primero de éstos partidos se intitulaba *Del Orden*, cuadrándole mejor por su índole el calificativo de *Conservador*, pero sus adversarios le llamaban oligarca; el segundo se dio el nombre de *Liberal* pero sus adversarios, como lo acostumbraban en toda esta América le acomodaban los epítetos de *Anarquista*, *Descamisado* y otros que les sugería la ira. Los del partido conservador dispuestos siempre a tenerse por los únicos depositarios del saber político, miraban con soberbio enfado las clamorosas censuras de los liberales, calificándolas de desenfreno digno de una severa represión; y esto acababa de enardecer a los otros y llevaba las cosas al extremo de un rompimiento desastroso.

En las poblaciones cortas, y poco ilustradas, los partidos políticos, a falta de doctrinas que profesar, profesan odios personales y convierten en injurias y ofensas lo que en otras partes no es sino discusión de ideas. En Barina servían estos odios teniendo enemistados entre sí a los vecinos y aislada en su rencor a cada familia. Codazzi comprendió al punto que nada podría hacer en bien de la provincia subsistiendo tan profunda división de ánimos y voluntades; y apenas posesionado de su empleo se hizo un activo misionero de concordia hablando a los unos y a los otros de los intereses de su provincia y conjurándoles a que depusieran sus tontos resentimientos y le ayudaran a realizar el beneficio de todos. Creyeron en sus buenas intenciones, porque le veían consagrado con infatigable actividad a dispersar los malhechores que hacían inseguro el tránsito por los campos, a explorar todos los caminos, componerlos y rectificarlos abreviando las distancias, a trazar nuevas rutas que facilitarían el comercio de Barinas con las otras provincias, a promover ardorosamente la instrucción primaria y, en suma, a llevar a efecto numerosas mejoras materiales y morales yendo en persona a todas partes “escribiendo poco y viajando mucho”, como él decía “porque con una conversación se hace más que con diez expedientes y cien oficios”.

Dulcificados los resentimientos y aplacados los odios personales dispuso una gran mesa invitando a ella a los principales vecinos de Barinas y a cuantos llevaban la voz en las cuestiones de partidos. Los convidados permanecían, sin embargo, serios y graves, no queriendo ninguno ser el primero en adelantar palabras de reconciliación. En esto rompió un golpe de música y comparecieron los pequeños hijos de Codazzi con disfraces alegóricos: cada uno de ellos, dirigiéndose al convidado más notable le habló de patria, de unión y fraternidad en términos tan adecuados a los sentimientos de todos, que todos a la vez se levantaron y se abrazaron prometiendo olvidar lo pasado y vivir en lo venidero como amigos y miembros de una sola familia.

“No se crea, decía Codazzi ante la Legislatura de la Provincia a fines de 1847, no se crea que este acto fuese la obra de un instante de fervor: el tiempo ha probado que para la generalidad era estable y decisivo. La

paz que se goza, las reuniones semanales de toda familia, la armonía que reina entre ellas y las continuas diversiones de que disfruta la ciudad, prueban la sinceridad de la reconciliación”.

¿Por qué fatalidad los demás gobernantes, obsecados por un injustificable orgullo, no imitaron el bello ejemplo del Gobernador de Barinas? En las otras provincias, y especialmente en la capital de la República la cuerda atirantada hasta lo sumo iba a reventar. Las votaciones para Presidente falseadas mediante una argucia de picapleitos, la prensa liberal silenciada con violencia, la represión conservadora ensayándose contra todo y por todas partes, no dejaban lugar sino a la efervecencia de las pasiones y a la deplorable acción de las armas.

Tarde, muy tarde ya, conoció Páez lo irresistible del empuje que traía el partido liberal, y pensó en una transacción que tuviera por base la renuncia que él haría de la candidatura para su tercer Presidencia, con tal que Antonio L. Guzmán, candidato de los liberales, hiciera igual renuncia y que se conviniera en la elección de un tercero neutral, designándose en este carácter al General José Tadeo Mónagas. No tuvo lugar la transacción sino un pérfido golpe de mano que sacó de la escena a Guzmán dejándolo encausado criminalmente; lo que allanó la elección de Mónagas a última hora esperanzado cada cual de que éste se ladearía a su bando: los conservadores contando con rodearlo y oprimirlo moralmente de modo que fuese Páez en realidad quien gobernase el país. Los liberales contando con la antigua enemistad de Mónagas hacia Páez y sus adeptos le impelaría separarse de ellos y echarse en brazos del otro partido, por venganza si no por convicciones políticas.

Fácil era predecir los frutos de este falso avenimiento, cimentado en el mutuo propósito de engañarse.

Mónagas se dejó hacer Presidente sin dar prendas ni a los unos ni a los otros. Los conservadores creyeron conveniente ostentar que lo dominaban y al efecto acordaron que en el acto de tomar posesión el nuevo funcionario, tuviese junto a él Páez un asiento igual sin saberse con qué título y en seguida le impusieron un Ministerio compuesto de los más exaltados de entre ellos; demostraciones a cual más imprudentes que debieron lastimar hasta lo íntimo el orgullo de Mónagas haciéndole aparecer como un pupilo sin voluntad propia, y acaso le determinaron desde aquel punto a seguir una línea de conducta opuesta a la que de él esperaban sus exigentes tutores. Muy inmediatamente se le presentó a Mónagas la ocasión de romper con sus no escogidos directores y fue la de haber unos malos y apasionados jueces condenando a muerte como sedicioso a Antonio L. Guzmán, redactor del “Venezolano”, periódico anti-paecista. Fallo inicuo, impolítico y bárbaro a todas luces que Mónagas se apresuró a neutralizar conmutando la atroz pena en destierro perpetuo. Por de contado los Ministros, requeridos uno en pos de otro, se negaron a refrendar aquel decreto: Mónagas los destituyó y nombró en lugar de ellos a hombres conocidamente liberales, significando así su absoluto rompimiento con el partido de la represión.

Enfurecidos los conservadores resolvieron, para colmar sus desatinos, valerse de la casi unanimidad de opinión con que contaban en el Congreso por entonces reunido (enero de 1848) para acusar de no se sabe qué y destruir a Mónagas. Este soldado ignorante y voluntarioso, incapaz de orillar la dificultad oponiendo con arte los hombres juiciosos a los iracundos del Congreso, no acertó a escoger otro medio que el bestial de la fuerza, y cometió el atentado de lanzar sobre el Congreso el 24 de enero una orda de foragidos que a balazos lo diezmaron y dispersaron.

Mónagas triunfó materialmente, pero se cubrió de oprobio con aquel acto de salvajismo y cayó desde la altura de Magistrado legítimo hasta quedar a nivel de un cuadrillero destructor del orden civil: crimen en que compitieron lo escandaloso con lo torpe, porque puso en manos de los conservadores la bandera de ese mismo orden civil que ellos, en la ceguedad de su cólera habían conculcado y perdido. Cobijados con este prestigioso manto que la imbecilidad de Mónagas les regaló, cuando menos lo esperaban alzaron la voz apellidando Constitución y leyes y la Revolución estalló encabezada por Páez.

La noticia de estos sucesos sobrevino como el estampido de un rayo a paralizar las benéficas tareas de Codazzi. Conturbado por las deshechas borrascas que se veían estallar por todas partes, desalentado y aburrido ya, renunció su empleo de Gobernador y trató de marchar a Nueva Granada; pero la persecución de que fue objeto por enemigos personales le cerraron el camino y le compelieron a dirigirse a Maracaibo, último refugio de los constitucionales después del vencimiento de Páez y de cuantos se habían alzado en armas contra la autoridad de Mónagas.

Rendida Maracaibo, Codazzi envió su familia a una de las antillas holandesas, e internándose en las montañas pudo por fin salir a salvo al territorio de Nueva Granada pasando por Cúcuta con dirección a Bogotá el 13 de enero de 1849, tan pobre como cuando 29 años antes se encaminó a esta ciudad por orden de Aury a tratar con el Vicepresidente de Colombia.

Pobre de bienes materiales, es verdad, pero rico de fama científica y seguro de hallar en Nueva Granada favorable acogida; pues casi un año antes había sido invitado con instancia por el General Mosquera, Presidente de dicha República, a que se encargara de ejecutar en ella trabajos geográficos análogos a los que con tanto lucimiento había desempeñado en Venezuela.

Apenas llegado a Bogotá, el 22 de febrero, Mosquera le expidió despacho del grado colombiano de Teniente Coronel, agregándolo al cuerpo de ingenieros "para servir en las obras públicas a que lo destinara el Poder ejecutivo", las cuales no eran otras que las cartas corográficas de las provincias en que entonces se dividía la República.

Mientras se colectaban los antiguos mapas los documentos relativos a límites territoriales y los instrumentos necesarios para acometer aquella empresa, Codazzi fue encargado de la inspección del Colegio Militar, plantel de jóvenes ingenieros fundado por Mosquera, encomendándosele la enseñanza de la táctica de artillería y levantamiento de planos. De este ramo

presentaron los alumnos de allí a poco una muestra de aprovechamiento en el plano topográfico de Bogotá y sus alrededores levantado bajo la dirección del Inspector del Colegio.

Al principiar el año de 1850 y la administración del General López reunido ya todo lo necesario para comenzar las tareas geográficas se organizó la "comisión corográfica" compuesta de Codazzi como Jefe de ella, un ayudante, un botánico y un pintor. En el plan de la obra que había de ejecutarse correspondía a Codazzi lo siguiente:

El texto explicativo de los mapas comprendía un grueso volumen dividido en dos secciones: "Geografía física", y "Geografía política". La primera sección abrazaría estos capítulos. Situación general del país, fronteras naturales, límites políticos, dimensiones y superficies, mares, golfos, estrechos, cabos, penínsulas, costas, islas, montañas, mesas, volcanes, hoyas hidrográficas y ríos principales, lagos y lagunas, climas, estaciones y vientos. Aspecto físico del país: vegetales, animales mayores, aves, peces, reptiles, insectos, zoófitos, minerales. La segunda sección costaría de estos capítulos: extensión y dimensiones antiguas, población moderna y antigua, etnografía y antigüedades, naciones extranjeras, religión, gobierno, administración política, administración de hacienda y sistema tributario, administración de justicia, organización militar, organización eclesiástica, educación pública, comercio, industria, estadística general, resumen histórico, resumen geográfico de cada uno de los Estados de la Federación.

Los mapas serían:

Mapa general de Nueva Granada, dividido por Estados con especificación de los distritos, las cordilleras y el curso de todos los ríos. En la orla, una tabla sinóptica de las distancias; una vista comparada de las alturas de los principales cerros nevados y volcanes. Otra del curso de los ríos navegables, otra de la altura absoluta y relativa de las ciudades y villas; finalmente, cuadros de población, su movimiento y su desarrollo, su estadística económica y otros.

Un atlas físico y político compuesto de 52 cartas ilustrativas de la historia y geografía del país, en esta forma: 1º mapamundi histórico indicando las rutas de los navegantes en el descubrimiento y colonización de América. 2º Carta física y política de la América del Sur en 1860. 3º Carta de los terrenos endogénicos y metamórficos en Nueva Granada. 4º Carta de los terrenos secundarios y sus puntos de intersección con los anteriores. 5º Carta de los terrenos terciarios y de antiguo alubión que completaron la forma actual del país. 6º Carta que representara la superficie antigua de Nueva Granada con sus grandes y pequeños lagos andinos y la altura de sus aguas. 7º Carta representativa de la superficie actual del país desagüados los lagos, punto de los desagües y ríos a que dieron origen. 8º Carta de las costas de Venezuela, Nueva Granada y las Antillas, marcando las rutas de los descubridores, los nombres y residencias de las tribus aborígenes y los caminos que para sojuzgarlas siguieron los conquistadores. 9º Carta hidrográfica. 10º Carta orográfica. 11. Carta de las hoyas fluviales y sus desagües. 12. Carta de las zonas de cultivo de gramíneas y de selvas. 13. Carta de los terrenos baldíos públi-

cos. 14. Carta de la región de las Quinas. 15. Carta de los lagos existentes, su extensión y profundidad. 16. Carta de los ríos navegables y extensión en que lo fueren. 17. Carta de los principales cerros y cordilleras y su altura absoluta. 18. Carta de las capitales, ciudades, villas y lugares más altos, habitados, con expresión de su altura absoluta. 19. Carta de los climas y sus temperaturas. 20. Carta de los vientos reinantes en el país, y puntos en que suceden las calmas y los huracanes. 21. Carta-pluviómetro. 2. Carta agrícola, con relación a las sustancias y al comercio del país. 23. Carta del virreinato y sus divisiones. 24. Carta de las zonas de las maderas y plantas útiles espontáneamente producidas. 25. Carta zoológica según los climas. 26. Carta mineralógica. 27. Carta de la división territorial en la época de Colombia. 28. Carta de la división por provincias, disuelta Colombia. 29. Carta de la actual división territorial por Estados. 30. Carta que representará por distritos donde hay (1860) mayor o menor ilustración. 31. Otra idem, donde se cometen más o menos delitos. 32. Otra idem, donde hay más o menos comercio. 33. Otra idem, donde hay más o menos industria. 34. Otra idem, donde hay más o menos riqueza. 35. Otra idem, donde hay más o menos población relativa. 36. Carta de Nueva Granada y Venezuela para entender la historia de las campañas en la guerra de la Independencia durante los años de 1812, 13 y 14, con determinación de las marchas de los ejércitos republicanos y realistas, del lugar de las batallas y su éxito. 37. Otra idem, para las campañas de 1815, 16 y 17. 38. Otra idem, para las de 1818 y parte de 1819. 39. Carta de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador para la historia de las campañas de 1819 y 20. 40. Carta de los Departamentos de Venezuela, Cundinamarca y Quito para la historia de las campañas de 1821, 22 y 23. 41. Carta seccional del Ecuador, Perú y Bolivia, para la historia de las campañas de los ejércitos colombianos en el alto y bajo Perú. 42. Carta especial de la parte poblada y división territorial administrativa del Estado de Cundinamarca en 1860. 43. Carta de la parte despoblada del mismo Estado hacia el Orinoco. 44. Carta especial del Estado de Boyacá. 45. Carta idem, del estado de Santander. 46. Carta idem del Estado del Magdalena. 47. Carta idem del Estado de Bolívar. 48. Carta idem del Estado de Panamá. 49. Carta idem del Estado de Antioquia. 50. Carta idem del Estado del Cauca. 51. Carta idem de la Región de Chocó. 52. Carta idem de la región del Caquetá o Andaquíes, con sus grandes afluentes al río Amazonas.

Tal había de ser el Atlas, algunas de cuyas cartas llevarían notas explicativas en el margen.

Proponía, además, en 1859, ordenar para cada Estado su *geografía particular*, que había de constar del respectivo mapa corográfico en grande escala, y un texto de geografía física, descriptiva y política, del territorio, en el cual se contendrían pormenores que no pensaba introducir en el texto de la geografía general de la República. Serían, pues ocho obras especiales perfectamente adaptadas a la enseñanza pública, e interesantes para administración particular de cada Estado.

El ayudante estaba encargado, además de la redacción del gran texto geográfico, de formar una obra de que se tratara el estado social y el de la civilización del país en el momento de recorrerlo, para que sir-

viere de punto de comparación a los venideros ilustrándose las descripciones con láminas de los paisajes más singulares, de los tipos de castas y las escenas de costumbres características que ofreciera la población, de los monumentos antiguos que se descubriesen y de los ya conocidos. Debía por último, resumir el texto geográfico de Codazzi en un Diccionario Geográfico estadístico, histórico de la Nueva Granada.

Para completar la obra, el botánico debía formar un herbario con ejemplares de todas las plantas, en cuya descripción científica se interpolarán oportunamente noticias de las aplicaciones medicinales e industriales de las plantas por este motivo preciosas, tan abundantes en el país.

Estos eran los puntos principales que había de comprender la obra ideada por el Presidente Mosquera, puesta en ejecución y fervorosamente patrocinada por el Presidente López.

Durante los años de 1850, 51, 52 y 53, la comisión corográfica marchó prósperamente, rodeada de consideraciones, aplaudida por la prensa y por los funcionarios del Poder Ejecutivo Nacional quienes no contentos con hablar de ella honoríficamente al Congreso, cada vez que daban cuenta de los resultados obtenidos, pidieron a las Cámaras, y consiguieron para Codazzi en 1852, el empleo de Coronel Efectivo de Ingenieros, con la antigüedad de su nombramiento para ese grado en Venezuela, proponiéndose con esto no solo darle un premio verdadero sino aumentar la asignación del doble sueldo de que disfrutaba.

A mediados de 1854 se hallaba en Panamá, después de haber recorrido aquel territorio y explorado el istmo del Darién, acompañando a los expedicionarios ingleses, franceses y anglo-americanos, enviados por su Gobierno para determinar la posibilidad de abrir a través de aquel istmo un canal interoceanico cuando le llegó la noticia de la sublevación militar verificada en Bogotá el 17 de abril, recibiendo al mismo tiempo una orden del General Mosquera para que se le incorporase en el río Magdalena en calidad de Jefe del Estado Mayor General del Ejército que organizaba, destinado al restablecimiento de la Constitución y del Gobierno legal. Sin dilación marchó, abandonando, como le había sucedido tantas veces, en Venezuela, sus tareas científicas; y para fin de junio ya estaba envuelto en el torbellino de las rápidas operaciones militares emprendidas por el ejército del Norte, seguidas sin interrupción ni descanso hasta su entrada triunfal en Bogotá el 4 de diciembre.

Inmediatamente pidió que se le exonerase de su empleo militar para dedicarse a poner en limpio los mapas y la descripción de los istmos de Panamá y Darién, y en seguida preparar su marcha al Sur de la República con el objeto de terminar los mapas de aquellas regiones, y explorar las extensas y despobladas ramblas del Andaquí, vertientes al caudaloso Amazonas. Accedióse a su solicitud y en premio de sus buenos y activos servicios en la recién finalizada campaña se le confirió, en marzo de 1855, el grado de General; concediéndole, además, a instancias suyas, el privilegio de que no sería llamado al servicio militar mientras estuviese ocupado en la conclusión y ya próxima publicación de sus trabajos geográficos, tan de preferencia considerados por el Congreso, que acordó anticiparse a remunerarlos decretándole un premio de 10.000 pesos que se le

entregarían al concluir la obra; o si fallecía en el desempeño de la comisión corográfica, a su familia como un testimonio de gratitud nacional.

Para el mes de junio de 1858 había entregado en limpio los mapas corográficos de todas las secciones en que se dividía el territorio de Nueva Granada. Faltaba únicamente completar, la carta del bajo Magdalena visitando una pequeña parte de la antigua provincia de Cartagena, y explorar a fondo la sierra Nevada de Santa Marta, de la cual se proponía Codazzi publicar una descripción minuciosa, tanto por el interés que a los ojos de la industria encierran aquellas nunca examinadas mesetas, ricas en minerales, cuanto por la importancia capital de los fértiles valles y variados climas que allí se contienen para establecer el núcleo de futuras colonizaciones de europeos.

Anhelaba Codazzi el momento en que pudiese dar por concluidas sus tareas, que ya no tenían para él más atractivo que su amor a la gloria científica que debía afianzarle, pues el transcurso del tiempo había traído a gobernar al país, hombres que no supieron o no quisieron apreciar aquella obra, como los que en 1850 habían organizado y protegido con esmero la comisión corográfica. En los ciudadanos que formaron los Ministerios y las Cámaras legislativas durante las administraciones de López y Obando, y la accidental de Mallarino, halló Codazzi otros tantos apreciadores de su mérito y del alto valor nacional de la obra puesta en sus manos. Las notas en que el Poder Ejecutivo contestaba las solicitudes y las indicaciones de Codazzi, se singularizan por la suma consideración con que se le trataba, lo mismo que en los informes anuales al Congreso al darle cuenta del satisfactorio desempeño de la comisión. Por el contrario, y por una singularidad inesperada, la administración del doctor Mariano Ospina Rodríguez dio en tratar tan secamente al pundonoroso ingeniero y tan infamemente su obra, que hubo de lastimarle muy en lo vivo, arrancándole por primera vez y contra la extraordinaria modestia de su carácter sufrido quejas como ésta:

“La última nota de Ud.,” escribió al Secretario de Gobierno Manuel Antonio Sanclemente, en junio de 1858, “ha producido en mi ánimo una impresión en extremo dolorosa, pues veo que a mis representaciones fundadas en hechos desatendidos, y a mis instancias porque tengan término seguro las tareas de la comisión corográfica en bien del país, se las ha buscado indicios de sin razón, se las ha dado un giro litigioso, expresándose que si no me conformo con lo resuelto por el Poder Ejecutivo, *puedo hacer uso ante quien corresponda del derecho que considere tener*. Yo estaba en la creencia de que la obra emprendida por mí tenía un carácter más elevado que el de una contrata vulgar, y merecía cierta distinción en el modo de tratarla: la nota a que me refiero me ha hecho comprender que estaba equivocado. Que no estoy dotando al país con una obra de ciencia, en cuya ejecución sí interviene un poco de dinero, no es como precio de ella, sino como auxilio material para llevarla a cabo; que no se está levantando un monumento de honor y utilidad para la Nueva Granada, sino manipulando una cosa común y ordinaria de las que se compran y venden todos los días. Semejante desengaño es bastante cruel para quien creía trabajar y trabajaba por la gloria de dar a conocer al mundo ilustrado estas ignoradas regiones”.

Muchos sinsabores y muy honda pena revela este arranque de orgullo legítimo, fundado en la conciencia del propio valer; arranque raro en un hombre acostumbrado a vivir de cualquier modo y a conllevar las dificultades y privaciones que nacen de la pobreza del país en toda empresa pública que se acometa.

¿A qué atribuir estos desdenes, mejor dicho este menosprecio de una obra que aun no se conocía, y en favor de la cual estaban racionalmente todas las presunciones?

Si cuando residía en Antioquia el doctor Mariano Ospina Rodríguez oyó decir a varios cualesquiera, que los mapas de Codazzi eran mapas pintados, significando con esto que hasta ellos los harían mejores, también tuvo ocasión de oír el voto competente del señor Tyrell Moore, ingeniero muy distinguido, que con exquisita labor tenía levantado el mapa corográfico de casi todo aquel Estado. Porque admirado de ver la celeridad con que Codazzi había terminado sus tareas en Europa y desconfiando tal vez de la exactitud del resultado, le invitó a comparar lo que habían hecho; apareciendo tal y tan grande conformidad en las operaciones de entrambos, que Moore, con la genial franqueza británica exclamó: si no hubiera tenido mis borradores bajo de llave, habría creído que usted los había copiado a ocultas.

Satisfactoria prueba de que aquello no eran mapas pintados y de que la censura de ellos, así formulada pasaba de intrépida!

El hecho es que Codazzi sintió ajada su delicadeza, lastimada injustamente su honra profesional y que al marchar hacia el bajo Magdalena a principios de 1859, no emprendió el viaje con su habitual alegría sino desalentado y pesarozo teniendo que hacer un grande esfuerzo para separarse de su familia.

A mediados de enero tomó tierra en el Banco para dirigirse a Chiriguana, y, atravesando las llanuras de Valledupar, penetrar en el grupo de Sierra Nevada por las abras que presentan sus estribos occidentales. Compró unos burros, cabalgadura común y usual en aquellos parajes, y cargando sus instrumentos y corto matalotaje, se puso en marcha hacia una ranchería llamada "Pueblito", acompañado solamente por el pintor de la comisión y por un hombre torpe y perezoso que hacía de arriero. No quiso llevar a nadie más en su compañía porque estaba seguro de que todos se enfermarían en la excursión por un país malsano, de clima ardentísimo, casi despoblado y sin recursos para hacer frente a cualquiera necesidad extraordinaria. Llegado a Pueblito dio estrechas órdenes al arriero para continuar la marcha al amanecer del día siguiente; pero el imbécil dejó que las bestias se extraviaran durante la noche y no fue posible moverse de la ranchería. Tres veces sucedió otro tanto, y a la tercera, impaciente y ardid Codazzi por verse clavado allí perdiendo un tiempo precioso, se exasperó contra el arriero en términos de sentirse luego con alguna fiebre. Fiebre fue, que a pocas horas, merced al clima, al desamparo y a los malos alimentos, dio con él en el suelo sobre una estera que le habilitaron por cama, donde luchando su recia constitución con la enfermedad, cada hora más violenta, rindió el inquieto espíritu el 7 de febrero a los 66 años y 6

meses de un vivir activísimo y siempre útil. Murió llevándose con frecuencia la mano a la frente como si le atormentase el hervor de las ideas que, falto ya de palabra no podía expresar; y en aquella cabeza tan pensadora y tan firme, quedaron extinguidos los elementos y el plan de una obra que tenía bosquejada sobre la geogenecia de Nueva Granada, cuyos materiales iba a completar con el examen prolijo de la Sierra Nevada de Santa Marta.

Limpiaron de yerbas un poco el suelo en la próxima sabana, y dando silenciosa sepultura al cadáver se marcó el lugar con un tosco empedrado; humildísimo túmulo por cierto, pero que de ninguna manera será oscuro ni en tiempo ninguno será olvidado por los que veneren la ciencia unida a la modestia y a los benéficos propósitos.

La noticia de esta desgracia, en cierta manera nacional, llegó a Bogotá junto con el llamamiento del Gobierno del Perú hacia a Codazzi para que se encargara de formar la geografía de aquel país una vez concluida la de Nueva Granada, asignándole una dotación cuantiosa, fuera de todos los gastos. Mucho contaba él con vivir todavía largos años; y mucho habría dado de si tales años en adelantamiento de la geografía y de las otras ciencias con ellas conexiones!

Era Codazzi aventajado en estatura, cenceño y forzado, de genio muy vivo, alegre y festivo aun en medio de los mayores trabajos y privaciones, que para él nada significaban: el fondo de su carácter inmejorable y bondadoso, capaz de afectos profundos y de suma ternura que solo a su familia manifestaba disimulándola para con los demás con un trato marcial, a veces chancero y a veces brusco, pero nunca entonado ni orgulloso.

Su casa era hospedería franca de todo peregrinante y su bolsillo la despensa de todo necesitado, pues nada guardaba para sí. Trataba a sus sirvientes domésticos más como padre que como amo; sucediendo que en sus correrías corográficas por descampados, los hacía sentar a su lado y partía con ellos las frugales provisiones de viaje, regañándolos si no se apropiaban lo mejor de ellas.

¿La enemistad que algunos le tenían y a quién le faltan mal querientes? Se la granjeó en el desempeño de funciones militares, porque entonces predominaba el hombre criado en los campamentos, hablando recio y opinando perentoriamente; viéndose en él más que en otro alguno, que lo militar perjudicó mucho al sabio, pues si hubo quiénes le desestimaran fue por no haberle conocido como a hombre de ciencia sino como a soldado, actor en el maldecido e ingrato campo de las contiendas civiles.

El continuo estudio profesional y la gran facilidad de aplicación que adquirió durante los 10 años gastados en levantar los mapas de Venezuela, habían hecho de su cabeza un repertorio de fórmulas tan perfectas, que no había problema que no resolviera ni cálculo que no terminara brevemente y como jugando; encontrándose, por otra parte, tan familiarizado con la naturaleza y los accidentes de estos países caracterizados y definidos por los Andes, que le bastaba subir a una eminencia y echar una ojeada para adivinar la dirección y ramificaciones principales de las

cordilleras, la forma de sus rampas invisibles deducida de las que, opuestas, se presentaban a la vista, la existencia y hasta el caudal de los riachuelos y ríos a que la configuración y extensión de las hoyas debían dar lugar, y en suma, gran número de pormenores que para otro observador habrían sido todavía secretos. El vulgo culto, ese que todo lo critica queriendo pasar por omnisapiente, no acertaba a comprender, como aquel hombre ejecutaba en un día tanto trabajo; y antes que reconocerle un saber superior le calificaba de embaucador, o decía, y esto es histórico: "son los instrumentos los que lo hacen todo, no él". Sublimidad de la ignorancia civilizada!

A todo eso contestaba Codazzi presentando a los funcionarios locales informes razonados y demostrados con mapas sobre nuevas vías mercantiles o mejoras de las antiguas, sobre puertos fluviales, sobre asientos para la colonización y sobre cuanto podía interesar a cada localidad; sin perjuicio de escribir y presentar al Gobierno Nacional otros informes de índole más elevada y frecuentes memorias sobre las antigüedades del país entre las que sobresalió por lo bien razonada la concerniente a las misteriosas ruinas y esculturas que llenan el secuestrado valle de "San Agustín", en el Estado del Tolima; memoria que se dejó inédita, y que si no se ha perdido se debe a la diligencia de algunos jóvenes que supieron apreciar esas cosas más que los altos y desdeñosos funcionarios públicos.

La muerte, al tronchar súbitamente la vida de un hombre de pensamiento y acción, es como un terremoto, que además de concluir con la existencia del individuo deja en pos arruinadas sus mejores obras. Codazzi no murió solo: pereció con él la mitad de los monumentos científicos que había ideado levantar en honra y para provecho de Nueva Granada, porque nadie, sino él, podía darles cima, pues eran resultado de la exploración sistemática del país entero. Quedaron las cartas corográficas de todas las secciones del territorio, muchos cuadernos del bosquejado texto geográfico y de itinerarios descriptivos y un crecido número de apuntamientos estadísticos, destinados a formar, clasificados y explicados, una serie de capítulos interesantes de la grande obra proyectada. Quedaron los materiales acopiados, pero no levantado el edificio.

El riesgo de que nunca llegara a levantarse, porque era fácil que se perdieran algunos de los materiales tan penosamente juntados en ocho años de labor asidua, pareció patente a los ojos de cuantos se interesaban en que se diese a conocer geográfica y estadísticamente este país, apenas explorado de paso y a trechos por algunos viajeros inteligentes.

Aquel fundado temor movió a cuatro individuos, miembros que fueron de la comisión corográfica y cariñosamente apegados a lo que ella debía producir, a proponer al Gobierno Nacional la conclusión de la obra si bien no tan extensa como la había concebido Codazzi, habiendo de prescindirse de casi toda la parte geológica y de las cartas correspondientes en ella en el Atlas. La circunstancia de haber acompañado los proponentes a Codazzi en sus excursiones y empapándose en sus métodos de trabajo e intenciones, aumentaba las probabilidades del buen desempeño de la empresa, a que se agregan que la acometían también por la memoria que hacían de Codazzi, cuya fama póstuma deseaban afianzar.

Los proponentes calcularon que en cuatro años de continuo trabajo terminarían la obra compuesta de un mapa general físico y político enriquecido con notas y observaciones marginales relativas a la topografía, orografía, hidrografía y etnografía del país, y de un rico Atlas correspondiente al mapa general y expositivo de la historia del país, desde su descubrimiento hasta nuestros días; todo ello explicado en un texto que se formaría compulsando los archivos nacionales, los manuscritos de Codazzi y los copiosos apuntes estadísticos amontonados entre sus borradores.

El Presidente Ospina y el Secretario de Gobierno Manuel A. Sanclemente, juzgaron muy costosa la obra proyectada e indicaron la conveniencia de cercenarla en términos que costase menos de los 20.000 pesos pedidos. Convínose en mutilar el Atlas y no escribir el diccionario de geografía, historia, estadística y etnografía nacionales; pero aun se exigió rebaja de la módica suma a que vino a reducirse el precio primitivo, lo que siendo inaceptable quedó abandonado el proyecto y archivado el expediente.

Pasado algún tiempo, tres jóvenes estudiosísimos celebraron contrato con el Gobierno provisional precidido por el General Mosquera, comprometiéndose a formar, sobre los trabajos de Codazzi, un mapa general y Atlas geográfico, y el correspondiente texto explicativos. Quisieron salvar esto siquiera de cuanto había acumulado Codazzi; riquezas científicas, perdidas para siempre y para perpetuo bochorno nuestro del que no nos libraremos ni aún valiéndonos del triste y ya usado arbitrio de amen-guar, y hasta negar rotundamente, el valer del desventurado Codazzi; porque la mayor de las desventuras no es morir para el mundo, sino morir para la fama cuando se la tiene dignamente merecida, y a punto de alcanzarla.

(Tomado de "El Mosaico" números 1 a 8 de 1864. Bogotá).